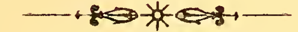
JOSÉ FRANCÉS

La moral del mar

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA MORAL DEL MAR

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ FRANCÉS

Estrenada en el TEATRO ROMEA la noche del 17 de Agosto de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1909

A ROSARIO ACOSTA

y ANGEL MORENO

LA MORAL DEL MAR *no era más que un vulgar y gris cañamazo sobre el cual vuestro talento bordó la gracia y la frivolidad necesarias para que resultase floración de ingenio lo que sólo fué tentativa de esa ingeniosidad.*

Gracias por ello, buenos amigos míos, y perdonadme si en la hora de los aplausos tuve la disculpable vanidad de asirme á vuestras manos y robaros una parte del éxito tan personal que habéis obtenido.

Francés.

Agosto 1909.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA LUISA....................	Rosario Acosta.
ANTONIO MENDIVAR............	Angel Moreno.
ENRIQUE ROBLEDO..............	Manuel Santamaría.
UN MARINERO...........	Teodosio Barona.

A bordo de un yacht de recreo

Orientación escénica respecto de los actores

ACTO UNICO

Camareta de un «yatch» de recreo anclado en un puerto de la costa cantábrica. Muebles ligeros y de tonos claros. Puerta al foro, con una escalera que asciende á cubierta. Un diván. Mediada una tarde de verano.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE ROBLEDO y un MARINERO

Al levantarse el telón Enrique estará sentado en un silloncito frente á la mesa leyendo una revista de sport. Viste traje de franela blanca y se cubre con una gorrilla azul marino

MAR. (Entrando.) Don Enrique...

ENR. ¿Qué hay?

MAR. Ha llegado un amigo suyo que desea verle.

ENR. ¿Y no ha dicho quién es?

MAR. Sí; don Antonio Mendivar.

ENR. (Levantándose muy alegre.) ¡Que baje! ¡Que baje inmediatamente, ó si no subiré yo. (Se dirige á la escalera á tiempo que baja Antonio Mendivar con un gran ramo de flores en la mano.) Adelante, chico. ¡Dichosos los ojos que te ven! (Vase Marinero.)

ESCENA II

ENRIQUE y ANTONIO

ENR. Siéntate, hombre, siéntate... (Cogiéndole el ramo.) Trae... ¡Chico, qué florido vienes!

ANT. (Muy elegante. Sonriendo mientras se quita los guantes y el sombrero de paja.) ¿Zarpas hoy?

ENR. Eso quiero... Pero todavía tenemos una hora por delante...

ANT. ¿Y á dónde?

ENR. Lejos. Primero paso por Valencia para ver las regatas. Toma parte el nuevo balandro del rey. De allí á Canarias y luego hacia América. Llevo aquí tres meses y ya me aburro de un modo formidable. No voy á ningún lado; no me preocupa nada ni nada me interesa. (Transición.) Pero cuenta, cuéntame. ¿Qué es de tu vida? Hace ya no sé cuanto tiempo que no te veo. Como si te hubiera tragado el mar ó la arena, que es peor. ¿Alguna aventura?

ANT. Algo más que aventura. Estoy locamente, estúpidamente enamorado. Y esta vez es la definitiva.

ENR. ¡Ja, ja, ja!

ANT. ¿De qué te ries?

ENR. Desde que te conozco has estado enamorado definitivamente unas quince ó veinte veces.

ANT. No, Enrique; ahora es cuando lo estoy de veras, créeme.

ENR. Por lo menos ya tienes mucho adelantado con engañarte á tí mismo para engañarlas á ellas. Hablas con un fuego, con una sinceridad que convence... sobre todo cuando está uno dispuesto á dejarse convencer...

ANT. (Un poco molesto.) Sin embargo, te advierto que...

ENR. No te esfuerces, hombre; si estamos de acuerdo... ¡Ojalá nos comprendieran las mujeres!.. Serían más felices y nos harían más felices á nosotros. Es estúpido eso de que

duden siempre del cariño de un hombre. Todos, absolutamente todos, cuando la decimos á una mujer que la queremos, que estamos dispuestos al crimen, al sacrificio, incluso al matrimonio, decimos la verdad... momentáneamente, claro es, pero la verdad... Sin embargo tú das quince y raya en eso de la facilidad y de la credulidad amatorias. (Riendo.) ¿Y por cuánto tiempo te has enamorado definitivamente?

ANT. No te burles, hombre. Ya te he dicho que ahora va de veras. Estoy dispuesto á todo...

ENR. ¿Incluso á casarte?

ANT. Eso no. Se trata de una mujer casada.

ENR. ¡Ah! Vamos... Reconozco tu previsión. ¿Y ella? ¿Está dispuesta también á todo?

ANT. No. Al contrario. En dos meses de sitio no he conseguido lo más mínimo. No ya hechos de esos indudables que casi le hacen á uno igual al marido...

ENR. Eso de igual...

ANT. Bueno, mejor que al marido, porque se tienen todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes... Pues bien, no solo un hecho de esos, ni siquiera la más pequeña esperanza. Es una mujer terrible. Lo he intentado todo: la complicidad de las olas durante el baño; las excursiones á los más altos picos y poder hablar del vértigo y de las aves viajeras que se aman libremente en el espacio; los bailes del Casino, para hablar también del vértigo y demostrarlo prácticamente durante el vals... ¡Y eso que con estos valses lentos de ahora no hay vértigo posible. En fin, hasta he jugado deseando perder, por aquello de «desgraciado en el juego...»

ENR. ¿Y te ha fallado también la superstición?

ANT. No lo sé. Porque el marido se empeña siempre en que hagamos vaquitas y cuando perdemos creo que es él el de la mala suerte en las cartas, y si ganamos me creo mía la buena fortuna.

ENR. (Cómicamente compasivo.) ¡Ay, Antonio!... Empiezo á temer que sí estás enamorado... Con

el marido no se debe intimar nunca... Luego, cuando quiere uno marcharse, cuesta más trabajo, porque ya son dos á retenerte. Y menos mal si no es ella la que se cansa, porque debe ser horrible soportar el afecto del marido sin el afecto de la mujer. Comprendo la desesperación de aquél individuo del cuento al decir: «Fulano, me parece que tu mujer nos engaña.»

ANT. ¿Pero no te digo que estoy loco, que he llegado hasta la abnegación más sublime? Figúrate que el marido le da por la sociología y por la... bueno, por coleccionar monedas antiguas, y recibe no sé cuantas revistas en todos los idiomas y ha escrito infinidad de libros acerca de cosas tan amenas como *La descapitalización de los capitales capitalizados*, ó *Breves consideraciones acerca de los derechos inaleinables del individuo frente á la secularización de la iglesia en sus relaciones con el Estado*, ó *¿Existía el sistema monetario en tiempo de los Faraones*? etc...

ENR. ¡Qué horror! ¿Y te lee todo eso?

ANT. Todo... ¡Y á las horas de siesta para no aburrirla á ella que le tienen sin cuidado la ley de accidentes del trabajo ó como eran las monedas conque pagó Eva el medio kilo de manzanas en el Paraíso!...

ENR. ¡Pobre Antonio!

ANT. Por eso vengo á tí. Tú puedes salvarme.

ENR. ¿Yo? (Con terror cómico.) ¿Quieres presentarme al sociólogo para que te sustituya durante la siesta?

ANT. No tanto, hombre. Me conformo conque me cedas el *yatch*.

ENR. (Asombrado.) ¿Eh? ¿Qué te ceda el *yatch*?

ANT. Sí, verás. Agotados todos los medios se me ocurrió escribirla, sobre poco más ó menos, lo siguiente: «Necesito hablar con usted por última vez. Mañana la espero desde las seis hasta las seis y media en mi *yatch La Golondrina*...»

ENR. (Interrumpiéndole.) ¡¡Cómo??

ANT. (Impertérrito.) «En mi *yatch La Golondrina*,

anclado junto al trasatlántico *Pío XII.* Si á las seis y treinta y cinco no ha venido usted, seré cadáver antes de las seis y treinta y siete.» ¿Qué te parece?

ENR. Una frescura muy grande. Has debido contar antes conmigo.

ANT. ¡Ingrato! Y aquel mes y medio que estuviste usufructuando mi entresuelo de la calle de Peligros, en Madrid, ¿no merecía una pequeña recompensa?

ENR. Hombre, no es lo mismo cederle á uno un piso que cederle un yatch...

ANT. Tienes razón. El yatch es más poético: el vértigo de las olas, las aves viajeras...

ENR. (Molesto.) Sí; sí... Ya me lo has colocado antes: (Remedándole.) «Las aves viajeras que se aman libremente en el espacio...» Bueno; pues á pesar de eso me parece una gran frescura que quieras utilizar mi yatch para... Tú por lo visto no has oído hablar de la castidad de los marinos... En fin, menos mal que no vendrá

ANT. Sí que vendrá. En el fondo me tiene cierto afecto. Estoy seguro.

ENR. (Recordando de pronto.) Además, que hay otro inconveniente.

ANT. ¿Cuál?

ENR. (Mirando el reloj.) Que dentro de media hora zarpamos.

ANT. (Muy tranquilo.) Ya lo sé. Precisamente por eso la he citado aquí.

ENR. No comprendo...

ANT. Pues es muy sencillo. En cuanto llegue ella tú das orden de levar anclas y ¡andando!

ENR. ¡Muy bien! Y luego la denuncia del marido, el proceso, la cárcel... Tú estás loco por fuerza.

ANT. (Tranquilo.) Ya te lo dije antes. Estoy dispuesto á todo.

ENR. Tú sí lo estarás; pero yo no... (Conciliador.) Mira, Antonio, no seas chiquillo. Eso no puede pasar más que en las novelas.

ANT. ¿Y por qué no hemos de vivir nosotros una novela? Emprender la fuga en pleno idilio, ir á ocultar los tres nuestro amor...

ENR. (Interrumpiéndole.) No, el vuestro; á mí me dejas un papelito que ya ya... ¡Y menos mal que no has citado también al marido para que me amenizase la travesía, leyéndome sus chifladuras sociológicas y numismáticas. (Se echa á reir de pronto.)

ANT. ¿De qué te ríes?

ENR. De que, después de todo, tendría gracia la cosa...

ANT. (Ansiosamente.) ¿Verdad que sí? Anda, sé bueno. No lo olvidaré nunca. Te deberé la felicidad. Piensa que es mi amor definitivo...

ENR. (Sonriendo ante la idea del rapto.) Tendría gracia... tendría gracia... (Entra Marinero.)

ESCENA III

ENRIQUE, ANTONIO y MARINERO

MAR. ¿Señor?

ENR. (Volviéndose.) Adelante. ¿Qué hay?

MAR. Que ya son cerca de las seis y media y...

ANT. (Consultando el reloj.) ¡Demonio!

ENR. Bien. (Queda un momento pensativo. Pausa.)

MAR. Digo que...

ENR. (Ya resuelto.) Mira, Juan; esperamos á una señora que vendrá de un momento á otro. Preguntará por el dueño del yatch, que desde ahora es mi amigo don Antonio Mendívar. (Antonio da muestras de una gran alegría.) La conduces hasta aquí é inmediatamente zarparemos.

MAR. Muy bien. (Vase.)

ESCENA IV

ENRIQUE y ANTONIO

ANT. (Abrazando á Enrique efusivamente.) ¡¡Gracias, gracias, Enrique!! ¡Te debo la vida!

ENR. (Sonriendo.) Con tal de que luego no se la tengas que pagar al sociólogo...

ANT. Eres mi padre, mi hermano, toda mi familia... Ahora déjame solo, porque como esto no tiene más que una salida!..

ENR. (Haciendo medio mutis.) Bien...

ANT. (Deteniéndole.) ¡Ah! Oye...

ENR. (Volviéndose.) ¿Qué quieres?

ANT. Déjame tu gorra... Eso me dará más carácter de *yatchmen.* (Le ofrece su sombrero.)

ENR. (Dándole la gorra y poniéndose el sombrero,) Bueno, hombre, bueno... Pide más. Aquí tienes unas cuantas revistas para que os entretengais... (Sonriendo.) No son sociológicas; de sport. Aunque me parece que entiendes tanto de una cosa como de otra. Son muy socorridas para empezar una conversación. ¡Claro! Ahora me explico las flores. (Empieza á subir la escalera.)

ANT. Adiós, hombre magnánimo y generoso, N P U de los amigos... Nunca te pagaré...

ENR. (Riendo.) Bueno, bueno... Guarda tus impaciencias para luego... (Vase.)

Gómez

ESCENA V

ANTONIO. Luego MARÍA LUISA y MARINERO

Antonio, después de echar una ojeada á la camareta, arregla los almohadones del divan, pone el ramo de flores en una botella, coloca mejor las revistas, se mira en el espejo, saca un peinecillo y se atusa el bigote; de pronto siente pasos y se sienta de espaldas á la escalera fingiendo abstraerse en la lectura de una revista. En la escalera aparecen Marinero y María Luisa

MAR. ¿Señor?

ANT. (Levantándose sobresaltado.) ¿Eh? (Viendo á María Luisa.) ¡Usted! (Yendo hacia ella y dándole la mano para ayudarla á bajar.) ¡Gracias, gracias! (Al Marinero.) Puedes retirarte, Nicolás. (El Marinero le mira estupefacto,) ¡Y ya sabes! (Vase el Marinero. A María Luisa,) ¡Gracias!... ¡Gracias!...

MARÍA (Alta, esbelta, elegantísima; gran soltura de ademanes y de palabra.) ¡Vivo! ¿Está usted vivo aún?

ANT. (Palpándose.) Creo que sí, señora. ¿Por qué lo dice usted?

MARÍA (Mostrándole el relojito de la muñeca.) Como son cerca de las siete...

ANT. (Aparte.) ¡Demonio! (Retrasando el suyo rápidamente y mostrándolo.) Perdone usted; las seis y media nada más. (Quedan contemplándose las muñecas.) Usted va adelantada.

MARÍA No; usted es el que está retrasado. Bendito retraso que me permite encontrarle á usted vivo. Porque usted estaba dispuesto á matarse. (Irónica.) ¿No?

ANT. (Muy serio.) Sí, señora. Completamente dispuesto. Si tarda usted cinco minutos más la hubiera recibido mi cadáver. (Muy solemne.) Palabra de honor.

MARÍA ¿Y qué muerte había elegido usted? ¿Un tiro?

ANT. No; desfigura mucho.

MARÍA ¿El veneno?

ANT. Tampoco; se pasa muy mal rato. Una vez pedí un refresco en la Viña Z de Madrid y estuve á la muerte.

MARÍA ¿Ahogado quizás?... Pensó usted en arrojarse al agua...

ANT. Tampoco, señora... Desgraciadamente sé nadar. (Aparte.) Esta mujer me pone en un compromiso. (Alto.) Hablemos de otra cosa, del amor. (Señalándola un silloncito.) El amor es paz, es blancura, es alegría, y la muerte es... sombra, ¡eso! sombra y... tristeza, ¡eso! tristeza.

MARÍA (Sentándose.) ¡Morir tan joven!... En plena juventud, cuando todo sonríe; y, sobre todo, sin motivo ninguno.

ANT. (Interrumpiéndola.) Perdone usted, María Luisa, motivo sí hay... los desvíos, la indiferencia de usted... Yo sin usted no puedo vivir. Yo necesito que usted me quiera y me querrá. Si no la muerte. ¡Ah! Ya tenía pensado que este barco fuera mi tumba, una tumba flotante y blanca que paseara mi cadáver por todas las playas de todos los países y al llegar á un puerto, uno de mis marineros, el

de voz más dulce, diría la historia desolada de mi pasión para que se enternecieran todas las mujeres.

MARÍA Y resultaran favorecidos todos los hombres. Es una idea muy bonita y muy poética. ¡*El amor flotante*! Casi me dan intenciones de aconsejarle á usted que se mate; para que no se pierda el mundo ese delicioso poema... pasado por agua. (Repentinamente seria.) Bromas aparte, señor Mendívar, le diré que he venido dispuesta á que cese esta situación nuestra que ya empezaba á ser un poco difícil.

ANT. (Con intención.) No deseo otra cosa.

MARÍA Lo malo es que usted desea un final y yo otro completamente distinto. Señor Mendívar: es preciso que usted desista de sus pretensiones. Yo ni quiero, ni debo, ni puedo acceder á ellas, ¿lo oye usted? Si he venido á su yatch es porque confío en su caballerosidad... y en el amor que le tengo á mi marido.

ANT. No es posible. Usted no puede amar á su marido. Es un hombre insoportable desde todos los puntos de vista: sociológico, numismático y conyugal. Estoy seguro que conyugalmente también es insoportable; vamos, sea usted franca. (Levantándose y yendo hacia ella muy afectuoso.) Vamos, ¿verdad que es insoportable?

MARÍA (Poniéndose en pie muy digna.) Basta, señor Mendívar. No le creí á usted tan vulgar que recurriese como los seductores principiantes, á la majadería de denigrar al marido.

ANT. (Un poco azorado.) Crea usted, señora, que...

MARÍA (Sonriendo.) Le creí á usted más moderno en esta materia. Eso de decir que el marido por el solo hecho de ser marido haya de ser ridículo, y eso de afirmar que el matrimonio es el asesinato del amor, no pasan de ser dos tonterías distintas y un solo error verdadero. A veces hay mucha más grosería, mucho más castigo de grillete en un amante; y á veces, casi siempre, el adulterio

no es más que un cambio desventajoso de postura. No dirá que no le hablo francamente. El matrimonio es paz y es calor y es sencillez de hogar; el adulterio, el amor libre, es fiebre y turbulencia de campo ó de lucha ó de tempestad. Hay quien prefiere lo uno; hay quien desea y le va tan ricamente con lo otro: pero esto no indica nada, aunque en resumen de cuentas, créame usted, la paz, la bondad, los sueños tranquilos, la sana quietud, todo eso que hemos convenido en llamar moral, es lo más duradero... y lo más cómodo.

ANT. Eso quiere decir que...

MARÍA Esto quiere decir, amigo Mendívar, que gustándome usted un poco, mi marido no me disgusta; que si usted es joven, audaz y simpático, él es bueno; que si en usted está la seducción de lo ignorado, en él está la tranquilidad de lo ya conocido... y yo, señor Mendívar, ya voy siendo vieja... voy á cumplir treinta años y tengo deseos de descansar... Más franca no puedo serle... Conque... (Tendiéndole la mano, despidiéndose.)

ANT. ¿Se despide usted?

MARÍA Claro. Se creía usted que... (Con súbito terror.) ¡Ay! ¡Esto se mueve! El barco ha echado á andar.

ANT. Desde que entró usted en él.

MARÍA (Aterrada.) ¿Cómo?

ANT. (Muy tranquilo.) Nada; que ya estaremos en alta mar. Usted no volverá á ver á su marido. Seremos libres como las gaviotas; á través de los mares pasearemos el poema de nuestro amor por todas las playas de todos...

MARÍA (Incomodada.) ¡Un demonio! ¡Más valía que paseara usted el otro poema: el de su cadáver! ¡Señor Mendívar! (Cada vez más agitada.) Esto es una villanía, una infamia, una cobardía. Nunca me pude imaginar... ¡Ah! Por supuesto que usted sube ahora mismo y da orden de retroceder... inmediatamente.

ANT. (Siempre tranquilo.) Me ha pedido usted lo único que no puedo concederla... Ya la dije á

usted que estaba dispuesto á todo: al crimen, al rapto...

MARÍA (Conteniéndose á duras penas.) Bien; estoy convencida. Conténtese usted con la demostración teórica, porque no estoy dispuesta á soportar la práctica; dé usted orden de volver á tierra, ó subo á cubierta y me tiro al mar... Elija usted.

ANT. Ni lo uno ni lo otro. Usted debe olvidar á su marido; debe usted libertarse de la plácida y ridícula prosa del matrimonio; (María Luisa da muestras de viva agitación.) ríase usted de todo eso de hogar y de moral y crea usted que en la libertad de la lucha, del pleno campo, como decía usted antes, en la inmoralidad, en fin, está la verdadera vida... (Va á dar un salto y se tambalea. A partir de este momento tiene que conservar el equilibrio agarrándose á los muebles y á las paredes.)

MARÍA ¡Pero se ha vuelto usted loco!... Vamos, señor Mendívar, para broma ya basta. Dé usted orden de volver á tierra ó no respondo de mí... (Antonio, sonriendo tranquilamente, niega con la cabeza.) ¿Pero qué piensa usted hacer? ¿Qué se propone usted?

ANT. Huir de España, arribar á una isla desierta. (Siempre corservando á duras penas el equilibrio.) Usted y yo seremos Robinsón... Bueno; yo Robinsón, usted la señora de Robinsón... domesticaremos loros, les enseñaremos á decir palabras de amor... cazaremos fieras, construiremos una choza...

MARÍA (Nerviosa.) ¿Y si hay salvajes?

ANT. (Súbitamente intranquilo.) ¿Salvajes?... Pues mire usted; con eso no había contado.

MARÍA Ya lo ve usted... Hay que volver á tierra... Nos comerían vivos.

ANT. (Avanzando muy resuelto, pero retrocediendo por los balances cada vez más fuertes.) No importa. Les enseñaremos la doctrina cristiana y las corridas de toros y el matrimonio civil y canónico... Hay que civilizar á la gente... (María Luisa empieza á revolver en su bolsillo de mano buscando algo muy intranquila.) ¡Ah! Qué felicidad

tan inmensa amarnos libremente, como Adán y Eva, antes de la caída de la hoja, en medio de los cocoteros, las palmeras, los loritos, los búfalos, los negros y demás animales de cada especie... (Pasándose la mano por la frente. Aparte.) ¡Demonio!...

MARÍA (Que no le ha oído. cada vez más inquieta revolviendo el bolsillo.) ¡Ay, Dios mío de mi alma!... Estamos perdidos...

ANT. ¿Por qué, señora?

MARÍA Figúrese que su carta...

ANT. (Interrumpiéndola.) ¿Qué carta?

MARÍA La suya, la de usted, la que me escribió diciendo que se iba á matar.

ANT. Bien, sí; ¿qué le ha pasado?

MARÍA Nada. Que me la he dejado encima de la mesa del despacho de mi marido...

ANT. ¡Canastos! (Vuelve á pasarse la mano por la frente. Aparte.) Esto se pone feo...

MARÍA (Inclinando la cabeza sobre el pecho.) La fatalidad le ha ayudado á usted.. Ahora ya no puedo negarme á huir, ahora es cuando debemos alejarnos del puerto, cuando debemos ir á alta mar, á la isla desierta. (Abrazándose á él.) Soy suya... ¡Soy tuya!

ANT. (Idem) ¡María Luisa de mi alma! (Da un enorme traspiés.)

MARÍA (Separándose asustada.) ¿Qué es eso? ¿Se cae usted?

ANT. No, no... nada.. es la emoción, ¿sabe usted?... ¿sabes? la emoción... (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! Yo creo que empiezo á marearme...

MARÍA (Quitándose el sombrero.) ¡Qué cosas tan extrañas suceden en la vida!... Hace unas horas tan tranquila, tan ajena de que había de huir á través de los mares en busca de...

ANT. (Haciendo visibles esfuerzos por dominar el mareo que empieza á apoderarse de él.) ... De la felicidad, bien mío... Al otro lado del horizonte nos espera la felicidad... Allí queda el mundo viejo, la vida monótona... tu mari... (Aparte.) ¡Ay, yo me siento muy mal!...

MARÍA (Con súbito terror.) ¡Mi marido! Y que es terrible en estos casos...

ANT. (Pasándosele el mareo en un momento á causa del asombro) ¿Cómo lo sabes?

MARÍA (Azorada.) No lo sé... Me lo supongo que será terrible. ¡Oh! Antes los salvajes, los búfalos de la isla desierta... (Pausa Antonio, sintiéndose cada vez peor, se deja caer en el diván. Ella se sienta á su lado, levemente extrañada de la incomprensible actitud de él.) Esto es un sueño: un sueño que se realiza, que viene desde muy lejos, de mi niñez, á buscarme ahora cuando empezaba á desconfiar de que mi vida rompiera su monotonía. Ahora comprendo porqué sentí una extraña emoción al hablarte por primera vez. ¡Si tú supieras con qué dolorosa insolencia tenía que contener mis miradas que querían ir á tí, endurecer mi voz que sentía la dulzura de palabras de amor!... ¡Sí, yo te he querido, te he querido siempre, en todos los sueños que no se realizaron, en todos los hombres que hube de desdeñar porque les faltaba alguno de los encantos que yo deseaba encontrar en ellos pensando en tí! Eres audaz, atrevido, gallardo.

ANT. (Queriendo ratificar las afirmaciones de ella.) ¡María Luisa mía!... (Va á abrazarla, pero le da un vahído y medio cae de bruces.)

MARÍA (Sujetándole.) ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?...

ANT. No, nada; la emoción... (Pasándose la mano por la cara.) ¡Estoy sudando hielo! (Queriendo sonreir y resultándole una mueca.) ¡Je, je! La emoción...

MARÍA (Levantándose y mirándole fijamente.) Me parece que es algo más que la emoción. Tú estás mareado...

ANT. (Declarandose vencido.) Pues bien, sí, María Luisa. Estoy mareado, horriblemente mareado. Yo creo que me voy á morir de angustia, me siento muy mal...

MARÍA (Despectivamente compasiva.) Parece mentira... En un *yatchmen*...

ANT. Pues ya ves, hija... ¡je, je!... También... también los *yatchmen* se marean... ¡Uy, Dios mío, yo me muero!...

MARÍA Espera. Yo tengo aquí en el bolsillo un fras-

quito de sales inglesas. (Abre el bolsillo y lanza un grito.)

ANT. (Incorporándose.) ¿Qué sucede?

MARÍA (Mostrando un plieguecillo de papel.) ¡La carta!

ANT. ¿Qué carta?

MARÍA ¡La tuya! ¡Estamos salvados! Pero, ¿cómo la buscaría yo antes que no la encontré?...

ANT. A ver, á ver...

MARÍA Es la misma, no hay duda... (La deja sobre la mesa y va con el frasquito de sales hasta Antonio.) Toma; esto te aliviará...

ANT. (Aspirando ansiosamente.) Ay, María Luisa... Yo me muero... Estoy muy malo...

MARÍA No, hombre, no; eso se te pasará...

ANT. No, hijita; yo me muero... y voy á morir en pecado mortal... Esto que hacemos está muy mal hecho.

MARÍA Antonio... (Pausa. Antonio parece serenarse un poco.)

ANT. (Incorporándose.) ¿De modo que su marido de usted, que tu marido no sabe nada?...

MARÍA Claro. Puesto que no me olvidé la carta. Pero es lo mismo...

ANT. No, perdona, hija mía, no es lo mismo...

MARÍA Sí; puesto que yo ya soy tuya, estoy dispuesta á vivir siempre en el mar...

ANT. ¿Siempre en el mar? (Aterrado.) ¡Qué horror!...

MARÍA (Mimosa.) Si no quieres nos quedaremos en cualquier puerto lejano, en esa isla desierta y encantada que tú decías antes... Será como un sueño... Tú saldrás por las mañanas á cazar cocodrilos, yo me quedaré haciéndote un traje de ramas...

ANT. Te advierto que el verde me va muy mal á la cara... ¡Ay! ¡Ay, Dios mío... qué angustia! María Luisa, hay que volver á tierra cuanto antes...

MARÍA ¿Qué dices?

ANT. (Cada vez más mareado.) Que debemos arrepentirnos á tiempo. Yo soy un vil, un miserable seductor. Usted, señora, ha hecho muy mal en dar oídas á mis palabras... ¡Ay, Dios mío!... Su esposo de usted me merece toda clase de respetos como sociólogo, como nu-

mismático, como caballero... Piense usted que á veces hay más grosería, más grillete en un amante y á veces, casi siempre... el adulterio no es más que un cambio desventajoso de postura... Eso es: de postura... (Limpiándose el sudor.) Esta es mi última hora...

MARÍA (Levantándose muy indignada.) Empiezo á creer, señor Mendivar, que se está usted burlando de mí...

ANT. ¡Ay, ojalá!

MARÍA ¿Cómo?

(Empieza á anochecer.)

ANT. Sí, señora, ojalá pudiese burlarme, sería señal de que no estaba como estoy en el umbral de la muerte... ¡Ah, ya sabía yo que iba á morir por usted!... Sea usted buena, hija mía .. Piense que el matrimonio es paz y es calor y... no sé que otra cosa de hogar; el adulterio al amor libre es el vértigo... es esto, un mareo muy grande... y en resumen de cuentas, créame usted, la paz, los sueños tranquilos, la cabeza serena... todo eso que hemos convenido en llamar moral es lo más duradero... Seamos morales, María Luisa, seamos... (Aparte.) ¡Maldita sea la hora que se me ocurrió esta aventurita. (Se retuerce presa de horrible angustia.)

MARÍA (Paseando muy nerviosa.) Está bien, señor Mendivar. Cien años que viva no se me olvidará este día...

ANT. Ni á mí; se lo juro á usted... Por Dios, María Luisa... siéntese. Se va usted á marear...

MARÍA No hay cuidado. Eso no les ocurre más que á los yatchman como usted...

ANT. ¿A los...? (Va á hablar; pero le da una basca horrible y tiene que callarse. María Luisa, llena de agitación nerviosa, desgarra un pañuelo con los dientes.) Ay, Dios mío... Yo me muero... Perdóname, señor... ya sé, ya sé que la inmoralidad es un horrible pecado...

MARÍA ¿Se quiere usted callar?... (Compadecida.) ¿Aquí tendrá usted médico?.. Debía llamarle.

ANT. No lo sé... Es la primera vez que...

MARÍA ¿Cómo?

ANT. La primera vez que me ocurre esto... ¿Quiere usted subir y preguntar á cualquier marinero por don Enrique?... (María Luisa sube las escaleras y desaparece.)

ESCENA VI

ANTONIO, solo

Escena muda que el actor procurará dar una gran fuerza cómica. Intentará levantarse y dará traspiés, agarrándose á los muebles, beberá agua. Empezará á tiritar y finalmente quitando el tapete de encima de la mesa se envolverá en él y se sentará encogido y temblón en una de las sillas de lona.

ESCENA VII

ANTONIO, MARIA LUISA y ENRIQUE. Luego MARINERO

María Luisa y Enrique bajan del brazo riendo á carcajadas. Al llegar al final de la escalera, antes de entrar en el saloncito, Enrique da vuelta á la llave de la luz eléctrica

ENR. (Acercándose á Antonio.) ¿Qué es eso, hombre?...

ANT. Ay, Enrique... Volvamos á tierra...

ENR. ¿Quién piensa en semejante cosa? El mar se abre ante nosotros como amplio abanico de nácar, porque has de saber que está saliendo la luna y será un gozo verla deshecha y nevando su luz sobre el agua... ¿Verdad, María Luisa?

MARÍA (Sonriendo y cogiéndose de su brazo.) Verdad, Enrique.

ANT. (Levantándose á duras penas y en el colmo del asombro.) ¿Cómo, pero ustedes se conocían?...

MARÍA Sí... Enrique es primo mío...

ENR. Más aún fuera fingimientos. (Muy alegre.) Has de saber que María Luisa era aquella incógnita adorable para quien me prestaste el entresuelo de la calle Peligros. Ahora como entonces te deberé unos días felices, llenos de suprema felicidad. (Antonio cae anonadado en el sillón.) Pero ahora será más, serán dos años de mar, sin acercarnos á las cos-

tas... Pasearemos los tres nuestro idilio como decías tú antes...

ANT. No; por Dios... Eso es una crueldad... Considera que yo tengo que volver... antes de fin de mes á... Santander... porque... porque...

MARÍA (Burlona.) No sea usted egoista, Antonio... Debe usted presenciar nuestra felicidad... Yo también le debo á usted el haber encontrado á Enrique, el único hombre que he querido en este mundo... Usted es bueno, tan bueno como mi marido y estoy seguro de que no querrá abandonarnos..

ANT. (Aparte, desesperado.) Se están burlando de mí. Y... (Una nueva basca.) Ay, yo voy á morirme... (Aparece Marinero con una bandeja donde habrá un plato de sopa y una copa de Jerez. Baja hasta el grupo y se detiene respetuosamente.)

ENR. (Cariñosamente á Antonio.) Mira, aquí tienes esto...

ANT. (Mirando desesperado al Marinero.) ¿Y qué es eso?

MARÍA (Siempre burlona.) Unas sopitas de ajo... Dice Enrique que es una gran cosa para el mareo...

ENR. (Muy serio.) Ya lo creo... Mano de santo... Mientras tú las tomas, nosotros subimos sobre cubierta á contemplar la luna abrillantando el mar... ¡Si vieras!... ya no hay tierra por ningún lado. He cambiado de rumbo. El amor es nuestro timonel y nos lleva á las tierras del sol... ¡Hurra!... (Sube riendo muy alegre llevando del brazo á María Luisa. Antonio y el Marinero quedan solos.)

ESCENA ULTIMA

ANTONIO y MARINERO

MAR. (Le pone una servilleta á Antonio y le ata las dos puntas detrás del cuello. Luego empieza á darle la sopa con la cuchara.) Vamos, señorito, anímese... Verá usted como esta sopa de ajo le arregla un poco el estómago...

TELON

Obras de José Francés

TEATRO

Guignol, teatro para leer.
Más allá del honor, comedia dramática.
A la sombra del amor, paso de comedia.
La bondad en el engaño, comedia en un acto.
Cuando las hojas caen... comedia en un acto.
El señor de Roncesvalles, comedia en un acto (traducción).
La moral del mar, comedia en un acto.

NOVELAS

Dos cegueras. (Agotada.)
Abrazo mortal. (Tercera edición.)
El alma viajera. (Segunda edición.)
El alma cansada.
Mientras las horas duermen...
Miedo.
El redentor.

El Teatro asturiano. (Conferencia.)

PRÓXIMAMENTE

La guarida. (Novela.)

Precio: UNA peseta